

LA SAGA DEL VATÍDICO

ROBIN HOBB

EL REINO DE LOS VETULUS

ROBIN HOBB

LA SAGA DEL VATÍDICO

Aprendiz de asesino (2003)

Asesino real (2004)

La búsqueda del asesino (2004)

La diplomacia del asesino (2004)

La fragilidad del asesino (2004)

La senda del Asesino (2004)

LAS LEYES DEL MAR

Las naves de la magia

La primera saga de Robin Hobb, la Saga del Vatídico, tiene lugar en los Seis Ducados. Es la historia de Traspíe Hidalgo Vatídico. El descubrimiento de la existencia de este hijo bastardo es suficiente para hacer caer la ambición por el trono del príncipe Hidalgo. Este abdica, cediendo el título de heredero al trono a su hermano menor Veraz, y abandona al niño a los cuidados del maestro de caballerizas, Burrich. El menor de los príncipes, Regio, tiene sus propias ambiciones, y desea deshacerse del bastardo. Pero el anciano rey Artimañas advierte las ventajas de tomar al muchacho y entrenarlo como asesino. Como bastardo, puede ser enviado a peligros a los que no se arriesgaría a un hijo legítimo, y se le pueden encomendar tareas que mancharían la reputación de un heredero.

Así es como Traspíe Hidalgo es entrenado en las artes secretas del asesino real. Muestra predilección por la Maña, una magia animal despreciada en los Seis Ducados. Este vicio secreto es tolerado en el joven asesino, ya que la comunicación con un animal puede convertirse en un rasgo muy valioso en un asesino. Cuando se descubre la posibilidad de que posea la Habilidad, la magia hereditaria de los Vatídico, se convierte tanto en el arma del Rey como en un obstáculo para las aspiraciones al trono del príncipe Regio. En un momento en que la rivalidad por la corona es intensa, y los Marginados y sus corsarios de la Vela Roja llevan la guerra a los Seis Ducados, Traspíe Hidalgo descubre que el destino del reino puede muy bien descansar sobre las acciones de un joven bastardo y del Bufón Real. Armado con poco más que su lealtad y su talento esporádico para la magia antigua,

Traspié sigue el débil rastro del rey Veraz, quien ha viajado más allá del Reino de las Montañas hacia el reino de los legendarios Vetulus, en lo que supone una vana esperanza de renovar una vieja alianza.

La segunda saga de Robin Hobb, *Las Leyes del Mar*, tiene lugar en Jamaillia, Mitonar, y en las Islas del Pirata, en la lejana costa al sur de los Seis Ducados. La guerra del norte ha interrumpido el comercio que tan vital es para Mitonar, y la Armada Rediviva está de vacas flacas a pesar de sus barcos mágicos. Hubo un tiempo en que la posesión de una nao rediviva, construida con hechicería y magia, garantizaba la prosperidad de la familia de un mercader. Solo alguien de la Armada puede hacer frente a los peligros de los Territorios Pluviales y comerciar con los legendarios Mercaderes del Pluvia y sus misteriosas mercancías mágicas, saqueadas de entre las enigmáticas ruinas de los Vetulus.

REGRESO AL HOGAR

POR ROBIN HOBB

**Séptimo día de la Luna del Pez
Decimocuarto año del reino del Nobilísimo y Magnificentísimo
Sátrapa Esclepius**

Hoy me han sido confiscados, sin causa ni justicia, cinco cajas y tres baúles. Esto ha ocurrido durante la carga del barco *Ventura*, el cual llevará a cabo la noble empresa del sátrapa Esclepius de colonizar las Orillas Malditas. El contenido de las cajas era el siguiente: un bloque de fino mármol blanco, del tamaño adecuado para un busto; dos bloques de jade aarthiano, del tamaño adecuado para bustos; un gran bloque de fina esteatita, tan alto y ancho como un hombre; siete lingotes grandes de cobre, de excelente calidad; tres lingotes de plata, de calidad aceptable, y tres barriles de cera. Uno de los cajones contenía balanzas, herramientas para el trabajo del metal y la piedra, e instrumento de medida. El contenido de los baúles era como sigue: dos vestidos largos de seda, uno azul y otro rosa, hechos a medida por Costurera Wista y con su marca. Un rollo de tela, verde. Dos chales, uno de lana blanca, otro de lino azul. Varios pares de medias, de verano y de invierno. Tres pares de pantuflas, unas de seda con bordados de botón de rosa. Siete enaguas, tres de seda, una de lino y tres de lana. Un canesú con armazón, de hueso ligero y seda. Tres tomos de poesía, escritos de mi puño y letra. Una miniatura de Soiji de mí misma, lady Carillion Carrock, de soltera Waljin, encargada por mi madre, lady Arston Waljin, en ocasión de mi catorce cumpleaños. También había ropa de cama y vestidos para un bebé, una niña de cuatro años y dos chicos, de seis y diez años, incluidos atuendos de verano y de invierno para ocasiones formales.

Guardo registro de esta confiscación para que los ladrones puedan ser llevados a la justicia tras mi regreso a Jamaillia. El robo sucedió así: mientras nuestro barco era cargado para su marcha, el equipaje de varios de los nobles a bordo de la embarcación fue retenido en los muelles. El capitán Triops nos informó de que nuestras posesiones serían confiscadas indefinidamente, bajo custodia del Sátrapa. No confío en ese hombre, ya que no nos muestra ni a mi marido ni a mí misma la deferencia apropiada. Por tal motivo realizo este inventario, y cuando regrese esta primavera a Jamaillia, mi padre, lord Crion

Waljin, llevará mi queja ante la Corte de Justicia del Sátrapa, ya que mi marido parece poco inclinado a hacerlo así. Lo juro.

Lady Carillion Waljin Carrock

Décimo día de la Luna del Pez
Decimocuarto año del reino del Nobilísimo y Magnificentísimo
Sátrapa Esclepius

Las condiciones a bordo del barco son intolerables. Una vez más, tomo nota en mi diario para registrar la dureza e injusticia, y preservar una prueba para que los responsables sean castigados. Aunque nací noble, en la casa de Waljin, y aunque mi señor marido no solo es noble, sino heredero al título de lord Carrock, las dependencias que se nos han asignado no son mejores que aquellas repartidas a los emigrantes y especuladores corrientes, es decir, un espacio maloliente en las bodegas de la nave. Solo los criminales de baja estofa, encadenados en las bodegas más profundas, sufren más que nosotros.

El suelo es una cubierta de madera astillada, las paredes son el casco desnudo de la embarcación. Hay muchas evidencias de que las ratas fueron los últimos habitantes de este compartimento. Se nos trata peor que a ganado. ¡No hay un cuarto separado para mi doncella, por lo que he de sufrir que duerma casi a nuestro lado! Para preservar a mis hijos de los mocosos comunes de los emigrantes, he sacrificado tres tapices de damasco para separar con cortinas un espacio. Esa gente no me guarda ningún respeto. Creo que, de manera subrepticia, están robando nuestras reservas de comida. Cuando se mofan de mí, mi marido me ordena que los ignore. Esto ha tenido un terrible efecto sobre el comportamiento de mi sirviente. Esta mañana, mi doncella, que también sirve como niñera en nuestra reducida familia, le habló de manera casi áspera al joven Petrus, ordenándole que se callara y que dejara de hacer preguntas. Cuando le amonesté por su tono, ella osó alzarme sus cejas.

Mi visita a la cubierta superior fue una pérdida de tiempo. Está atestada de cuerdas, lienzos y hombres groseros, y no tiene instalaciones para que las damas y los niños tomen el aire. El mar era aburrido, y la vista no consistía en más que en lejanas islas rodeadas de niebla. No encontré allí nada que me animara mientras que este detestable barco me aleja de las elevadas agujas blancas de la Bendita Jamaillia, consagrada a Sa.

No tengo amigos a bordo de la nave que me entretengan o consuelen en mi pesadumbre. Lady Duparge me ha llamado una vez, y fui cortés, pero la diferencia de nuestra posición social hace difícil la conversación. Lord Duparge es heredero a poco más que su título, dos barcos y una finca que colinda con el pantano Gerfen. Lady Critton y lady Anxory parecen satisfechas con su mutua compañía y no me han llamado para nada. Ambas son demasiado jóvenes para compartir ningún logro, aunque sus madres les deberían de haber instruido en su responsabilidad social con sus superiores. Ambas podrían haberse beneficiado de mi amistad a nuestro regreso a Jamaillia. El que eligieran no hacerse de mis favores no habla muy bien de su inteligencia. Sin duda, me habrían aburrido.

Me siento abatida en este ambiente repugnante. El por qué mi marido ha escogido invertir su tiempo y dinero en esta aventura se me escapa. Con seguridad, en esta exploración servirían mejor a nuestro Ilustre Sátrapa hombres de una naturaleza más aventurera. Tampoco puedo entender por qué nuestros hijos y yo misma debemos acompañarle, en especial dada mi condición. No creo que mi esposo haya dedicado un pensamiento a las dificultades que este viaje supondría para una mujer encinta. Como siempre, no ha encontrado adecuado consultar sus decisiones conmigo, no más de lo que yo le consultaría mis actividades artísticas. ¡Sin embargo, mis ambiciones deben sufrir para permitir que él persiga las suyas! Mi ausencia retrasará sustancialmente la conclusión de mis «Campanas de Piedra y Metal Suspendidas». El hermano del Sátrapa se sentirá muy decepcionado, ya que su inauguración era para homenajearle en su trece cumpleaños.

Decimoquinto día de la Luna del Pez
Decimocuarto año del reino del Nobilísimo y Magnificentísimo
Sátrapa Esclepius

He sido una estúpida. No. He sido engañada. No es estupidez confiar cuando una tiene todo el derecho a esperar fiabilidad. Cuando mi padre prometió mi mano y mi destino a lord Jathan Carrock, creyó que era un hombre de riquezas, fortuna y reputación. Mi padre bendijo el nombre de Sa porque mis logros artísticos habían atraído un pretendiente de tal alcurnia. Cuando me lamenté del destino que me había unido a un hombre tan mayor, mi madre me aconsejó que lo aceptara, que perseverara en mi arte, y que estableciera mi reputación al abrigo de sus influencias. Hice honor a su sabiduría. En estos últimos diez años, mientras mi juventud y mi belleza se desvanecían en sombras, le he dado tres hijos, y llevo en mis entrañas la floreciente semilla de otro más. He sido un ornamento y una bendición para él, y aun así me ha engañado. Cuando pienso en las horas malgastadas a cargo de su casa, horas que podía haber dedicado al arte, mi sangre hierve de amargura.

Hoy, al principio le supliqué, y después, acuciada por mi deber para con mis hijos, le exigí que obligara al capitán a que nos proporcionara mejores habitaciones. Él envió a nuestros tres hijos a la cubierta superior con la niñera, y entonces me confesó que no éramos inversores del plan de colonización del Sátrapa, sino exiliados a los que les había sido concedida una oportunidad de huir de nuestra desgracia. Todo lo que habíamos dejado atrás, fincas, mansiones, posesiones preciadas, caballos, ganado... todo había sido decomisado por el Sátrapa, así como las cosas requisadas cuando embarcamos. Mi refinado y respetable esposo es un traidor para nuestro amable y amado Sátrapa, un conspirador contra el Trono Bendecido por Sa.

Le saqué esta confesión poco a poco. Seguía diciendo que no debería meterme en política, que eso era únicamente cosa suya. Me dijo que una esposa debe confiar en que su marido administre sus vidas. Dijo que para cuando los barcos reabastecieran nuestra villa la próxima primavera, habría recuperado nuestra fortuna y

regresaríamos a la sociedad jamaillia. Pero continué presionando con mis tontas preguntas de mujer. ¿Todas tus propiedades incautadas?, le pregunté. ¿Todas? Y me contestó que se había hecho para salvar el nombre de Carrock, para que sus padres y su hermano pequeño pudieran vivir con dignidad, sin la mácula del escándalo. Aún conservaba una pequeña finca como herencia para su hermano. La Corte del Sátrapa creería que Jathan Carrock eligió invertir toda su fortuna en la empresa del Sátrapa. Solo aquellos pertenecientes al los círculos más cercanos al Sátrapa saben de la confiscación. Para obtener esta concesión, Jathan rogó varias horas de rodillas, humillándose e implorando perdón.

Hizo mucho hincapié en esto, como si debiera sentirme impresionada. Pero nada me importan sus rodillas.

—¿Qué pasa con Tallocardo? —le pregunté—. ¿Y la casa de campo que hay allí, junto al vado, y las rentas derivadas de ella?—Todo esto lo había aportado yo como dote, y por poco que fuera, pensaba dejárselo a Narissa cuando se casara.

—Perdido —me dijo—. Todo perdido.

—¿Pero por qué? —exigí—. Yo no he conspirado contra el Sátrapa. ¿Por qué se me castiga a mí?

Enojado, me contestó que era su esposa y que, por supuesto, compartiría su destino. Yo no veía el motivo, y no pudo explicármelo. Al final, me dijo que una mujer tan estúpida nunca lo comprendería, y me instó a que me guardara la lengua, que no la soltase y mostrara mi ignorancia. Cuando protesté diciendo que no era una estúpida, sino una artista de renombre, me dijo que ahora era la esposa de un colono, y que me quitara de la cabeza mis pretensiones artísticas.

Me mordí la lengua para evitar chillarle. Pero en mi interior, mi corazón gritaba de furia contra esta injusticia. Tallocardo, donde mis hermanas pequeñas y yo nadábamos en sus aguas y recogíamos lirios, fingiendo ser diosas y aquellos nuestros báculos blancos y dorados... Perdida por la idiotez traicionera de Jathan Carrock.

Había oído rumores del descubrimiento de una conspiración contra el Sátrapa. No presté atención. Pensé que no tenía nada que ver conmigo. Hubiera dicho que el castigo era justo, si mis inocentes niños y yo no hubiéramos sido enredados en la misma red que los conspiradores. Todas las riquezas confiscadas han financiado esta expedición. Los nobles caídos en desgracia fueron forzados a viajar en compañía de especuladores y exploradores. Peor aún, los criminales desterrados de la bodega inferior, los ladrones, las prostitutas y los rufianes, serían liberados en nuestra compañía cuando desembarcásemos. Esa sería la sociedad que rodearía a mis queridos hijos.

Nuestro Bendito Sátrapa nos había concedido generosamente una oportunidad de redimirnos. Nuestro Magnificentísimo y Clementísimo Sátrapa había donado a cada hombre de la expedición doscientos leffers de tierra, a reclamar en cualquier parte a lo largo de la orilla del río Pluvia, que constituye nuestra frontera con la bárbara Chalaza, o a lo largo de las Orillas Malditas. Nos conminó a establecer el primer asentamiento sobre el río Pluvia. Eligió este lugar para nosotros por las viejas leyendas de los Reyes Antiguos y sus Reinas Rameras. Hace mucho tiempo, según se dice, sus maravillosas ciudades jalonaban el río. Empolvaban su piel con

oro, y llevaban joyas sobre los ojos. Así lo cuentan las leyendas. Jathan dice que un antiguo pergamino que mostraba sus asentamientos ha sido traducido hace poco. Soy un tanto escéptica.

Como compensación a esta oportunidad de forjar nuevas fortunas y de redimir nuestras reputaciones, nuestro Glorioso Sátrapa Esclepius solo exige que le cedamos la mitad de todo lo que encontremos o produzcamos allí. A cambio, el Sátrapa nos guardará bajo su mano protectora, se nos ofrecerán sacerdotes para nuestro bienestar, y dos veces al año sus barcos recaudatorios visitarán nuestro asentamiento para asegurarse de que prosperamos. Una carta para nuestra expedición, firmada por la propia mano del Sátrapa, promete todo esto.

Lord Anxory, lord Critton y lord Duparge comparten nuestra desgracia, aunque como lores menores tenían mucho menos que perder. Hay otros nobles a bordo de los otros dos barcos de nuestra flotilla, pero ninguno que conozca bien. Me alegro de que nuestros queridos amigos no compartan mi destino, aunque me pesa partir al exilio sola. No considero un consuelo a mi esposo por el desastre en el que nos ha metido. Pocos secretos se guardan durante mucho tiempo en la corte. ¿Es ese el motivo de que ninguno de mis amigos viniera a los muelles a despedirme?

Mi propia madre y mi hermana tenían poco tiempo para dedicarse al embalaje y a las despedidas. Lloraron cuando me dijeron adiós desde la casa de mi padre, y ni siquiera me acompañaron a los inmundos muelles en los que este barco del destierro me aguardaba. ¿Por qué, oh Sa, no me dijeron la verdad acerca de mi destino?

Ante este pensamiento, la histeria cayó sobre mí, y empecé a temblar y a llorar. De mi interior salían gemidos ocasionales, ya quisiera o no. Incluso ahora, mis manos tiemblan con tanta violencia que este garabato desesperado deambula por la página. Todo se ha perdido para mí, hogar, queridos parientes, y lo más demoledor, el arte que me dio la alegría de vivir. Las obras a medio acabar que dejé atrás nunca serán finalizadas, y eso me duele tanto como un niño no nato. Solo vivo para el día en que pueda regresar a la elegante Jamaillia junto al mar. En este momento (perdóname, Sa), anhelo hacerlo como viuda. Jamás perdonaré a Jathan Carrock. La bilis sube hasta mi garganta ante el pensamiento de que mis hijos deban llevar el apellido de este traidor.

Vigésimocuarto día de la Luna del Pez
Decimocuarto año del reino del Nobilísimo y Magnificentísimo
Sátrapa Esclepius

La oscuridad inunda mi alma; este viaje al exilio ha durado una eternidad. El hombre a quien debo llamar esposo me ordena que me encargue de nuestra familia, pero apenas tengo el espíritu para sostener mi pluma. Los niños lloran, se pelean y se quejan sin fin, y mi doncella no hace ningún esfuerzo por entretenerlos. Su osadía crece a diario. Le quitaría su ceño fruncido de la cara a bofetadas si tuviera fuerzas para ello. A pesar de mi embarazo, deja que los niños tiren de mí y distraigan mi atención. Todo el mundo sabe que una mujer

de mi condición debería experimentar una vida serena. Ayer por la tarde, cuando intentaba descansar, dejó que los niños echaran la siesta a mi lado mientras ella salía para coquetear con un marinero. Me despertaron los lloros de Narissa y tuve que cogerla en brazos y cantarle hasta que se calmó. Se queja de dolor de barriga y de una irritación en la garganta. No se había tranquilizado del todo cuando Petrus y Carlmin se despertaron y empezaron una pelea de niños que crispó mi espíritu por completo. Estaba agotada, y al borde de la histeria cuando ella regresó. Cuando le reprendí por abandonar sus tareas, me replicó con descaro que su propia madre crió a nueve niños sin sirvientes que le ayudaran. ¡Como si el trabajo pesado fuera algo a lo que yo debiera aspirar! Si tuviera a alguien más que se encargara de sus tareas, la ordenaría que empaquetara sus cosas.

¿Y dónde está lord Carrock mientras sucede todo esto? Claro, en cubierta, consultando con los demás nobles quién le hizo caer en desgracia.

La comida se vuelve incluso peor y el agua sabe horrible, pero nuestro cobarde capitán no hace escala para conseguir algo mejor. Mi doncella dice que su marinero le ha dicho que las Orillas Malditas hacen honor a su nombre, y que a todo aquel que arriba allí le suceden cosas malignas, así como les sucedieron a los que allí moraban. ¿Cómo puede el capitán Triops creer en semejante absurdo supersticioso?

Vigesimoséptimo día de la Luna del Pez
Decimocuarto año del reino del Nobilísimo y Magnificentísimo
Sátrapa Esclepius

Estamos azotados por una tormenta. El barco hiede por el vómito de los miserables habitantes de sus entrañas. Las constantes sacudidas remueven las fétidas aguas de pantoque, así que respiramos su peste. El capitán no nos permitirá salir a la cubierta bajo ningún concepto. El aire aquí abajo es húmedo y está cargado, y las vigas gotean agua sobre nosotros. Con toda seguridad, he muerto y estoy sufriendo algún castigo salvaje del más allá.

A pesar de toda esta humedad, apenas hay agua para beber, y ninguna para lavarse. La ropa y las sábanas sucias de vómito deben restregarse con agua de mar, lo que las deja rígidas y manchadas de salitre. La pequeña Narissa ha sido la que peor lo ha pasado entre los niños. Ha dejado de vomitar, pero hoy casi no se ha movido de su jergón, pobre criatura. Por favor, Sa, permite que este horrible balanceo termine pronto.

Vigesimonoveno día de la Luna del Pez
Decimocuarto año del reino del Nobilísimo y Magnificentísimo
Sátrapa Esclepius

Mi niña está muerta. Narissa, mi única hija, ha fallecido. ¡Sa, apiádate de mí, y que tu justicia llegue hasta el traicionero lord Jathan Carrock, ya que su maldad ha sido la causa de todas mis desdichas! Han envuelto a mi pequeña con velas y